

Domingo 6 julio 2008
El Evangelio de Hoy

Mt 11,25-30

¿Quién puede conocer a Dios?

Si hay algo constante en la historia del ser humano es que reconoce la existencia de un Ser supremo que explique el origen de todo lo que existe. Los vestigios más antiguos del hombre y también los más excelentes dan testimonio de su espíritu religioso, es decir, de su reconocimiento de un Ser supremo al cual debe consagrar lo mejor de sí. Pero también es una constante que ese Ser supremo no puede ser conocido directamente por el ser humano. «A Dios nadie lo ha visto jamás» (Jn 1,18). Así se explican todas las aberraciones que se han producido en su representación. Excepto Israel, todos los demás pueblos han adorado a multitud de dioses; todos están marcados por la idolatría, es decir, por el culto a realidades inferiores al ser humano, realidades que él pueda manejar.

Si el Ser supremo que da existencia a todo lo demás no puede ser conocido directamente ni siquiera por los hombres más inteligentes, ¿estamos, entonces, condenados al agnosticismo? No. La inteligencia humana no pueden llegar a conocer cómo es ese Ser, pero puede demostrar su existencia. Santo Tomás de Aquino aseguraba que para él la existencia de Dios no era un artículo de fe, porque él podía demostrar su existencia a partir de los seres creados. La inteligencia humana puede demostrar la existencia del Ser supremo. Por eso la idolatría y el politeísmo no carecen de culpa, como lo declara San Pablo: «Lo invisible de Dios, su poder eterno y su divinidad, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras, de forma que son inexcusables; porque... cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles» (Rom 1,20.23).

El ser humano con su inteligencia puede demostrar la existencia de Dios. Pero no puede decir nada más acerca de él. Todo lo que el hombre puede saber acerca de Dios tiene que serle revelado por el mismo Dios como un don. ¿Estamos entonces perdidos? No, absolutamente, porque Dios ha decidido hacerle este don. Y aquí se produce algo asombroso: Dios lo concede no a los inteligentes de este mundo, sino a los sencillos. Esto es lo que Jesús aprueba con entusiasmo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocul-

tado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños». Jesús concuerda plenamente con este modo de actuar de Dios: «Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito».

Y Dios se vale de un solo medio para revelarse: su Hijo eterno hecho hombre: Jesucristo. Así lo afirma Jesús: «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Se mantiene la norma, que además es evidente: Nadie conoce a Dios. Pero se agrega una excepción: lo conoce aquel a quien Jesús se lo quiera revelar. Esta es la misión de Jesús como lo declara en la oración que dirige a su Padre en la última cena: «Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo esté en ellos» (Jn 17,26).

El hombre no descansa en su búsqueda mientras no recibe el conocimiento de Dios. San Agustín lo expresó magistralmente: «Nos creaste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti». Si Jesús es quien nos revela a Dios, entonces, sólo él nos da ese descanso: «Vengan a mí... y yo les daré descanso... Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallarán descanso para sus almas».

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles